

Náter, Miguel Ángel. *Historia y crítica de La charca. San Juan: Tiempo Nuevo, 2015.*

Carmen Centeno Añeses
Catedrática
Recinto de Bayamón
Universidad de Puerto Rico

Uno de los libros puertorriqueños más reconocidos en el ámbito de la Isla y de Hispanoamérica es la novela *La charca*, de Manuel Zeno Gandía: médico, periodista y político nacido en Arecibo en el 1855 y fallecido en el 1930. Comentada por críticos de Puerto Rico y del extranjero, las interpretaciones y la recepción de esta obra no fueron siempre homogéneas. La novela, género de la modernidad, retaba por su idiosincrasia dialógica en el sentido bajtiniano, a los seducidos por el capital simbólico y cultural que la misma encarnaba, así como a los que desde sus lugares de enunciación impugnaban los ideogramas del texto. No obstante, *La charca* está considerada como un «ejemplo de la mejor narrativa escrita en el país y en Hispanoamérica», según el español Benito Varela, citado por el estudioso Miguel Ángel Náter en el libro *Historia y crítica de La charca*, objeto de esta reseña.

Estamos frente a un libro complejo por su erudición, por el conocimiento profundo que demuestra el autor del realismo y del naturalismo, por los autores del siglo XIX, del XX y comienzos del XXI que cita, así como por la teorización que hace sobre la crítica misma. El estudio es desafiante, pues se organiza tanto diacrónica como sincrónicamente para exponer la recepción que tuvo en momentos diversos. A la vez es una novedosa manera de historiar la literatura.

El libro se compone de una introducción y cinco capítulos: Polémicas sobre la novela en Puerto Rico durante el siglo XIX; *La charca* y la crítica en el siglo XIX; *La charca* y la crítica anterior a la «Generación del treinta»; *La charca* y el determinismo de Antonio S. Pedreira; y Nuevos sumergimientos en *La charca*. Contiene también un apéndice con un texto de Manuel Zeno Gandía, *Indicaciones filosóficas*, así como una detallada bibliografía de la obra de este y de escritos sobre la misma.

Miguel Ángel Náter nos devela las discusiones en torno a *La charca* de manera pormenorizada; es decir, traza la historia de la narración y expone las diversas exégesis que este texto provocara. De esta forma nos enfrenta al hecho de la recepción y de la complejidad que tiene todo acto de lectura, matizado como está por la cultura, la educación y las particularidades del receptor. Parte de este trabajo ya había sido expuesto en su excelente edición de la novela publicada por la Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

Previo a su exposición de la crítica sobre *La charca*, Náter discute las diversas polémicas que se dieron en la Isla en el siglo XIX en torno a la novela y el surgimiento del naturalismo en Europa, Hispanoamérica y Puerto Rico. Ofrece así múltiples detalles de la historia literaria puertorriqueña y enfatiza el vínculo de Zeno Gandía no tanto con las teorizaciones de Emilio Zola sino con su praxis escritural, aspecto que —señala— ha sido a menudo soslayado por la crítica a quien ha impactado su epígrafe tomado de *El doctor Pascal*, obra de Emilio Zola, que lee «Decirlo todo para conocerlo todo, para curarlo todo». Aunque apunta que la primera novela realista puertorriqueña conocida es *Inocencia* de Francisco del Valle Atilés, según el investigador, ya venía surgiendo «una narrativa realista en el periódico *El Fénix* hacia 1858» (30). Además, Carmen Gómez Tejera había observado el eclecticismo de las obras que se publicaban en el momento. Con respecto a la introducción del naturalismo en la Isla, este provocó el interés por la obra de Zola desde 1882, según consta en la revista *El Buscapié*. Un comentario muy importante que nos ofrece Náter es el de cómo los escritores de la Isla conocían bien lo que sucedía en Europa e Hispanoamérica y sus obras se nutrieron tanto de españoles como de románticos, simbolistas y parnasianos europeos. Esto fue posible gracias a la *Revista de Puerto Rico*, la *Revista Puertorriqueña* y especialmente *El Buscapié* (55).

Para Náter, la hermenéutica de la obra se divide en tres etapas. La primera de ellas comienza en el siglo XIX y él la denomina la perspectiva de la sociología de la literatura, la cual otorgaba mayor relevancia en su visión a la clase hacendada y su supuesta superioridad sobre el campesinado. Esta sociología se «desarrolla en afinidad con el realismo y el naturalismo, sobre todo», comenta el autor (12).

La segunda etapa está conformada o elaborada a la luz del acontecimiento histórico más importante en la producción literaria puertorriqueña:

la invasión estadounidense de 1898. En las primeras décadas del siglo XX se continuó leyendo *La charca* «como mimesis crítica de la enfermedad del sistema colonial» (15). Las reacciones ante esta matizaron la interpretación de la obra de Zeno Gandía. Desde este ángulo leyó la Generación del treinta: atada a un proyecto político nacional, destaca el autor. El tercer momento trajo nuevas lecturas, entre las que Náter resalta la de Ernesto Álvarez, y otras que nacieron bajo el influjo de las teorías postcoloniales y postmodernas.

Son muchos los autores y datos que el autor maneja y por eso ofrecemos ejemplo de aquellos que consideramos más relevantes. En el siglo XIX, el primer comentarista de *La charca*, nos revela, fue Francisco del Valle Atilas en el año 1894 en texto publicado en *El Buscapié* (78). Este fue el primero en observar la atenuación del naturalismo en la novela. Náter analiza también el escrito que publicara Agustín Navarrete en *La Correspondencia de Puerto Rico* en el mismo año. Este es afín con la obra de Salvador Brau y de Del Valle Atilas al exponer un pensamiento excluyente que deja fuera al hacendado Juan del Salto, al doctor Pintado y al Padre Esteban de la enfermedad que agobia al campesinado situándolos como sus Mesías y uniéndolos a la clase hacendada. Náter establece al respecto «que esta novela no solo presenta la preocupación por el campesino, sino que cuestiona el papel de redentor de la clase hacendada y las posibilidades del liberalismo» (85). La crítica de Navarrete, nos deja ver, es abiertamente clasista e ignora al narrador irónico de la novela. No podemos dejar de mencionar el texto canónico de Juan Gelpí, *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, que informa teóricamente al libro, pues develó el autoritarismo que exhibían diversos escritores, así como ahora lo devela Miguel Ángel Náter al examinar la crítica sobre *La charca*.

Matías González García, por su parte, compara la obra con un cuadro en el que se mezclan dos formas. Ve así el realismo y el naturalismo en la obra de Zeno, pero cataloga como un problema su tendencia a la poesía. Mariano Abril escribió cuatro de sus crónicas periodísticas en las que comenta la obra y el movimiento naturalista, al cual no se adhiere, ya que no valora la escuela de Zola. Náter nos deja ver cómo la lectura de Abril es equivocada al catalogar indistintamente a los personajes como campesinos, lo que incluye a Juan del Salto. A pesar de las críticas que hace a la novela, Abril no deja de apreciar el valor de esta y de reconocer que en su momento es la mejor que se ha escrito en Puerto Rico.

Al comentar la crítica anterior a la Generación del treinta, Náter señala que Tomás Carrión Maduro criticaba el cronotopo de la misma, el campo y no la ciudad. Carrión acusa así a Zeno Gandía de falsear la realidad partiendo del concepto de que la literatura es mimesis y no representación. Otros se centraron en la visión realista de la novela, lo que constituyó la antesala de las críticas de la Generación del treinta que comienzan a desarrollarse con Carmen Gómez Tejera, Samuel R. Quiñones y Antonio S. Pedreira. Gómez Tejera resalta que Juan del Salto expresa las ideas del autor, tesis que será largamente repetida, y reitera la intención de redimir al campesinado.

Pedreira destaca a Zeno Gandía como una de las excepciones de los continuadores del jibarismo literario. No obstante, recordemos que la palabra jíbaro está ausente de sus páginas y casi lo está completamente en *Estercolero*, novela naturalista de José Elías Levis, que en su primera versión establece su vínculo con *La charca*. Es obvio que esto obedece al deseo de apartarse de la corriente literaria del costumbrismo. En sus comentarios publicados en *El Imparcial* entre 1924 y 1925, Pedreira sostiene, escribe Náter, una ejemplar actitud objetiva que se debe a su identificación con el hecho de que él también avalaba en su obra la búsqueda de las raíces nacionales.

En los años sesenta, René Marqués, señalaba posiblemente con razón, según el autor comentado, que la novelística de Zeno Gandía se encontraba muy apegada al romanticismo. Sin negar el influjo naturalista exaltado por la Generación del treinta, realzó el lirismo del romanticismo y el realismo. De esta forma se reiteran las observaciones de Francisco Manrique Cabrera de que jamás podemos situarlo «en franco campo de autor naturalista».

El autor expresa su concordancia con las observaciones que más tarde haría Ernesto Álvarez, quien impugnó la visión de Juan del Salto como *alter ego* del autor de *La charca*. En su libro *Manuel Zeno Gandía: Estética y sociedad*, de 1987, este afirma la conciencia crítica de Zeno al satirizar los excesos y defectos del naturalismo (126). También, explica Náter, coincidiendo con Álvarez, que existe en la obra una sátira del lenguaje pseudo-científico. Destaca, además, que uno de los aspectos más importantes de la obra de Álvarez es que vincula *La charca* con la novela policial y la diversidad de crímenes. «El tema constante en *La charca*», cita Náter de Álvarez, es el silencio, la protección del crimen.

En la sección «Nuevos sumergimientos en *La charca*», Náter apunta

que todavía se lee *La charca* como mimesis de la realidad. Critica la apreciación de Juan Flores, quien parte de una lectura sociológica, de insistir en el aspecto clasista de la obra. Al respecto reflexiona que hay un problema en las interpretaciones específicamente sociológicas que someten las pugnas de clases a una visión mimética simplista.

Por otra parte, alaba los planteamientos de Juan Gelpí expuestos en su libro *Literatura y paternalismo en Puerto Rico* anteriormente mencionado. El tema de la enfermedad se reitera en diversas obras puertorriqueñas, afirma este crítico, y ejemplifica con los textos de René Marqués y Luis Rafael Sánchez. El canon paternalista que observa Gelpí procede de la crítica y la historiografía de la Generación del treinta, afirma Náter apoyando esta postura.

También trae a colación los comentarios de Rafael Bernabe, quien sigue las teorías de Mijail Bajtin, Para este «la palabra del novelista es precisamente el aliento liberal-reformista que permea toda la conversación representada». Es necesario citar a Bajtin, teórico del género novelístico, en su libro *Teoría y estética de la novela* cuando señala que

El plurilingüismo introducido en la novela (...) es el discurso ajeno en la lengua ajena y sirve de expresión refractada de las intenciones del autor. La palabra de tal discurso es, en especial, bivocal. Sirve simultáneamente a dos hablantes. (141)

Es por esto que la visión irónica nos ofrece una lectura menos clasista de la obra y a la vez más compleja en su estructura y en el plano semántico por lo oblicuo de la voz del autor y el plurilingüismo de la narración. Por eso Bernabe no deja de contemplar, según cita Náter, refiriéndose a Juan del Salto, el padre Esteban y el doctor Pintado, que «los tres interlocutores son incapaces de traducir su aliento liberal en acción transformadora. En el caso de Zeno Gandía esta crítica es, al menos en cierta medida, una autocrítica» (139).

Otros críticos que discute y con quienes establece diferencias son Aníbal González, Luis Felipe Díaz y Juan Otero Garabís. La visión de González de Silvina como una personificación de la palabra escrita, así como una expresión de la ética del autor real es debatida por Náter, el cual alega que Zeno Gandía sigue de cerca el determinismo de Zola que se representa

abiertamente en la escena final de la muerte de Silvina. Igualmente critica que González le adjudique rasgos posmodernos a la obra sin decir cuáles son.

Otero Garabís se acoge a algunos de los planteamientos de Flores y las ideas de la crítica subalternista Gayatri Spivak. Náter difiere, pues entiende que se vuelve a los planteamientos de la intelectualidad de fines del siglo XIX. No hay, para este, personaje en *La charca* que no sea subalterno debido a la condición colonial, contrario a Otero que designa a los campesinos como los subalternos.

De la exégesis posmoderna de Luis Felipe Díaz, se aparta de la dualidad que este expone y que entiende reduce la complejidad de *La charca*. Para este la naturaleza se muestra hermosa en diversas escenas y contrasta con la situación de los personajes. Sobre esta dualidad ya se habían manifestado los primeros comentaristas de *La charca* en el siglo XIX. El autor se lamenta de la poca difusión que tuvieron estas críticas en el estudio de la novela. Para este, la dualidad no se sostiene a través de toda la obra. Se trata más bien de modulaciones que se presentan de acuerdo con las relaciones evocadas: tanto el bien como el mal, como la belleza y la fealdad de los seres humanos.

Entre las diversas lecturas de *La charca*, Náter también incluye la de Arturo Echavarría, el cual la lee a la luz del libro de Doris Sommers, *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*, y la visión de Juan Gelpí sobre la ausencia de una literatura amatoria en Puerto que fuera alegoría de lo nacional. Para Náter, la lectura de Echavarría realza los lazos entre la traición y el silencio, así como el amor/desamor entre Silvina y Ciro se presenta como «la imposibilidad de la rehabilitación de la nación bajo el sistema político colonial, la imposibilidad de la elevación hacia el ideal» (160).

Las ideas centrales de Náter sobre *La charca* son que esta no puede entenderse sin tomar en cuenta la ironía del autor ante el discurso de Juan del Salto y sus amigos y que el autor devalúa su propia clase social. Zeno Gandía es ecléctico en su discurso estético, pues toma tanto del realismo como del romanticismo y el naturalismo en la elaboración de su obra; y no existe una dualidad rampante entre la naturaleza y los personajes, sino variaciones o modulaciones como antes mencionáramos, al igual que en la obra de Emilio Zola. No es en balde que utiliza el epígrafe de *El Doctor Pascal*, aunque ello no nos puede confundir con respecto a su estética

ecléctica. Todavía se sigue leyendo *La charca* como mimesis de la realidad, apunta. Las relaciones de comunidad prevalecientes en la novela no pueden ser presentadas de forma idílica como lo demuestran las interacciones de los personajes de la narración. *La charca* y su miseria abarca todos los estratos sociales, lo que incluye al hacendado, al médico y al sacerdote, plantea Náter: «La comunidad del lugar en el caso de Silvina, Pequeñín, Leandra, Galante y Gaspar se centra en un espacio decrepito y degradante (...) del mismo modo que se observa en la relación entre la vieja Marta y su nieto» (162).

El libro *Historia y crítica de La charca* es un texto excepcional en la historia de la crítica puertorriqueña. No conocemos otro trabajo sobre una obra que aborde tan meticulosamente la recepción de una creación literaria, a la vez que pasa juicio sobre las concepciones que avalan los comentaristas y estudiosos. La recepción nos permite estudiar el discurso literario desde nuevos ángulos que incluyen lo histórico, la estética, los valores y corrientes de pensamiento vigentes en el momento de la lectura. De igual forma vemos cómo en el acto de interpretar existe en ocasiones un gesto de apropiación intelectual. Como sostiene Terry Eagleton en *La función de la crítica* basándose en Fredric Jameson, en la década de los sesenta la crítica ha sido «una fuerza activa en la reproducción de las relaciones sociales dominantes» (101), lo que también sucedió en otras épocas, como hemos podido ver en comentaristas de *La charca* pertenecientes al siglo XIX como Navarrete.

Un señalamiento sumamente importante que hace Náter es el de que «la crítica sobre *La charca* ha pasado por alto las diferencias entre la edición príncipe de 1894 y las posteriores revisiones de 1923 y 1928» (110). La obra tiene su versión final en el 1930 y la publica la Editorial Campos. A pesar de las diferencias que algunos escritores tuvieran con Zeno Gandía, *La charca* es un clásico puertorriqueño e hispanoamericano, nos dice mediante la cita de Efraín Barradas, quien lo consideraba uno de los mejores novelistas del naturalismo hispanoamericano.

La bibliografía del texto de Náter es también una gran aportación a los estudios sobre Manuel Zeno Gandía. Ernesto Álvarez la declara «la más completa hasta hoy». Como toda obra enjundiosa siempre provoca preguntas que rebasan la investigación, como por qué la taxonomía racista que hace Zeno se ha atenuado, mientras la de Pedreira en *Insularismo*, que parece salida de *La charca*, es agigantada e invisibiliza todos los demás

planteamientos de la obra. El campo de enunciación del autor y los circuitos literarios tienen que ver con la respuesta.

Conviene traer a colación las palabras del teórico de la recepción Hans Robert Jauss en su escrito “Literary history as a challenge to literary theory”: «La coherencia de la literatura como un hecho es primordialmente mediada en el horizonte de expectativas de la experiencia literaria de los lectores, críticos y autores contemporáneos y sus sucesores». Ciertamente, este trabajo que recoge las apreciaciones críticas y la historia de *La charca* representa un gran ejemplo de rigurosidad y excelencia en el estudio de nuestras letras.

OBRAS CITADAS

- Bajtín, Mijail. *Teoría y estética de la novela*. España: Santillana, 1991.
- Eagleton, Terry. *La función de la crítica*. Barcelona/Buenos Aires/México: Paidós, 1999.
- Haus, Hans Robert. *Toward an Aesthetic of Reception*. Estados Unidos: University of Minnesota Press, 2013.
- Náter, Miguel Ángel. *Historia y crítica de ‘La charca’*. San Juan, Puerto Rico: Editorial Tiempo Nuevo, 2015.
- Schlichers, Sabine. *El lado oscuro de la modernización: estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana*. Madrid: Iberoamericana, Vervuert, 2003.
- Zeno Gandía, Manuel. *La charca*. Edición crítica de Miguel Ángel Náter. San Juan, Puerto Rico: La Editorial, Universidad de Puerto Rico, 2013.